

SABIDURÍA BÍBLICA, SABIDURÍA POLÍTICA

PAUL VALADIER



Diseño: Estudio SM

Título original: *Sagesse biblique, sagesse politique*

Traducción de Diego Tolsada

© 2015, Éditions Salvator, París. Yves Briend Éditeur S.A.

© 2016, PPC, Editorial y Distribuidora, SA

Impresores 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

ppcedit@ppc-editorial.com

www.ppc-editorial.es

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

INTRODUCCIÓN

En la reflexión moral y política, la filosofía occidental se ha apoyado durante mucho tiempo en un trasfondo religioso y, más en particular, judío y cristiano. En efecto, la Biblia ha constituido una referencia casi obligada, una fuente de símbolos, de mitos y de historias (salida de Egipto, idea de Alianza, proclamaciones proféticas, parábolas evangélicas, epopeya crítica cargada de emoción y de referencias altamente simbólicas sobre la muerte y la resurrección...). Además, la historia de los siglos cristianos, con sus glorias y sus sinsabores, ha constituido también una fecunda matriz para el pensamiento, sin olvidar las posibles comparaciones, fundadas o arbitrarias, con la Grecia y la Roma antiguas.

Maquiavelo es incomprendible sin esta rica experiencia histórica, a partir de la cual sueña él una República cuyas premisas cree ver en la antigüedad y cuya imposibilidad actual atribuye al imperio de las virtudes cristianas de sumisión a las autoridades, pero también a la esperanza en un más allá que compense las desgracias del tiempo presente.

No puede leerse a Hobbes, tan decisivo para la filosofía moderna del Estado y tan típico en las relaciones de desconfianza por parte de la *Commonwealth* soberana respecto de la religión, sin un conocimiento real de la experiencia de la Alianza de un pueblo (Israel) con su Dios; incluso la idea de contrato y de representación, tan esencial en cuanto matriz fundamental de una filosofía política que él pretendía que fuera nueva y propiamente científica, es herencia del viejo fondo bíblico que cita tanto en sus escritos; no se puede olvidar que dos de las cuatro partes de su *Leviatán* están consagradas a la teología, con apoyos constantes en la Sagrada Escritura, ¡que tanto le sirve para desmarcarse de Aristóteles! Además, y siguiendo con Hobbes, hay que tener en cuenta el fondo luterano en el que tácitamente apoya su proceso

intelectual, y esto en torno a dos puntos decisivos: el de la subordinación de la Iglesia, entendida como comunidad de creyentes y no como institución específica, a los príncipes temporales; y no menos importante, el de la insistencia en el individuo en cuanto tal, visto esencialmente como un ser que tiene miedo y desconfía del otro, y que debe mucho al nominalismo de la escuela teológica franciscana y, por tanto, a una cierta teología que confía en una razón excesivamente ambiciosa, arrastrada al poder del cálculo de sus propios intereses y que toma como criterio esencial su supervivencia física.

¿Cómo no ver tampoco que la dramática histórica que aporta la Biblia ha jugado un decisivo papel imaginario, simbólico y conceptual? La gradación de la historia a partir de un supuesto Edén primigenio, una exclusión fuera de esta situación, llamando a un pueblo para salir de la esclavitud bajo la férula de un líder (Moisés), la entrada en una tierra prometida y el sueño de una ciudad excluyente de la penuria, la hostilidad y la explotación mutua, todo ello retomado en la historia crística con muerte, resurrección y espera de un Reino por venir, son elementos constitutivos de todo pensamiento político. El famoso estado de naturaleza, cuyos intérpretes han tenido con frecuencia dificultad para comprender su alcance, ciertamente no es descifrable sin referencia a una situación primitiva de la humanidad, considerada bien como feliz en su quietud edénica (Rousseau), bien como trágica, si se toma como referencia la caída y el asesinato de Abel a manos de su hermano Caín, «acontecimiento» capital de la historia de la humanidad a los ojos de san Agustín y referencia clarísima a la «condición natural» de Hobbes, marcada por la hostilidad latente entre individuos amenazados en su existencia física. ¿Sería Rousseau un gran ingenuo o el heredero de una determinada lectura de las Escrituras? ¿Y Hobbes un pesimista experimentado o un intérprete genial de la dramática ilustrada por la Biblia desde la aurora de la humanidad? ¿Es posible que la supuesta bondad del primero oriente tácitamente su lectura de la Biblia y la experiencia trágica de las guerras religiosas y dinásticas domine la interpretación del se-

gundo? En cualquier hipótesis, no se puede minimizar ni el trasfondo bíblico ni la idiosincrasia personal.

Pero la referencia a esta herencia bíblica es una *referencia contradictoria*. Por un lado, es imposible tener una comprensión rigurosa del pensamiento político moderno si se ignora tal herencia; por otro, no se puede desconocer hasta qué punto los pensadores políticos modernos más destacados –y solo se han citado dos, Maquiavelo y Hobbes, tan característicos a este respecto– han querido emanciparse de esa tradición, o al menos neutralizarla. En el caso del florentino, aunque aconseje al príncipe no atacar jamás la religión dominante a la que se adhiere el pueblo, hay que emanciparse sin duda alguna de ella para fundar por fin esa ciudad –y a más largo plazo para unificar Italia– que permitiría la seguridad de todos y la concordia. Neutralizarla, en el caso de Hobbes, que tampoco subraya la hostilidad del príncipe contra la religión, salvo contra el catolicismo romano, el gran enemigo que destruye la *Commonwealth*, pues divide la lealtad al soberano entre lo temporal y lo espiritual. Se trata, más bien, de reconducir al cristianismo a los límites fijados soberanamente por el legislador civil. Si Maquiavelo se apoya en la Antigüedad, especialmente en la romana, Hobbes desconfía de esos pensamientos antiguos, que apenas poseían el sentido y la importancia del individuo en su fragilidad, y del Estado en su soberanía. En esto se le puede considerar cercano a Jean Bodin, que pensaba también que solo la revelación de un Dios soberano en el Antiguo Testamento permitía fundar un poder político, que los antiguos no podían concebir, faltos de tal creencia. En este sentido, también para él, para él sobre todo, la idea de soberanía tiene un origen claro y único en las Sagradas Escrituras, incluso aunque, a diferencia de Hobbes, no vuelva tal herencia en contra de la tradición bíblica y cristiana.

Relación contradictoria, decimos, porque estos autores se apoyan en esta herencia bíblica, ¡pero para reinterpretarla, subvertirla y reclamarla con miras a poner fin a los abusos que esa herencia ha podido también legitimar! A los ojos de Maquiavelo está claro que ninguna ciudad digna de ese nombre puede fundarse sobre la base

de las virtudes evangélicas; hace falta, pues, sentar la base de un poder fundador, que proceda de un príncipe que, él sí, obedezca a las exigencias específicas de una ciudad llamada a instituir la ley y a imponerla tanto a los poderosos como al pueblo. De ahí su clarificación de los principios adecuados para una vida política asentada en un poder capaz de mantener viva una ciudad dividida entre intereses divergentes. Según Hobbes, es preciso enfrentarse a un poder espiritual excesivo –el papado– y volver por tanto a leer las Escrituras para ver hasta qué punto llaman a una obediencia incondicional al soberano, expresión instituida por la ley divina. Y si muestra una hostilidad sin fisura contra Aristóteles, paradójicamente recupera el estatuto del ciudadano antiguo, que no tiene otro dios que aquel o aquellos en los que reconoce el poder soberano. *Cujus regio, ejus religio*.

También se podría tomar como testigo a Jean-Jacques Rousseau, sin duda alguna el más preocupado por la fidelidad al mensaje bíblico, a pesar de la *Profesión de fe de un vicario saboyano*, más cercana a la religión natural del siglo XVIII que a las posturas católicas; el famoso último capítulo del *Contrato social* (sin duda añadido y no previsto inicialmente) plantea, él también, las bases de una religión civil que no deja de recordar la unidad entre ciudadanía y religión que conocieron los antiguos. Se entrega también a críticas despiadadas del cristianismo, por lo demás parecidas a las ya formuladas por Maquiavelo. Todos, por tanto, cristianos en cuanto apoyados en propósitos bíblicos, todos opuestos al cristianismo tal como fue comprendido y vivido hasta ellos.

Pero de Rousseau a los revolucionarios franceses de 1789 no hay más que un paso. La historia muestra abundantemente hasta qué punto han dominado, en las horas calientes de la Revolución, y tanto en las arengas como en la vestimenta y las costumbres, las referencias a la Antigüedad, infinitamente más que las referencias bíblicas. Por otra parte, Marx no dejó de ironizar sobre esta comedia de la repetición, que no puede convertirse sino en farsa o drama, y sobre todo en ineficacia. Sin duda olvidamos con mucha frecuencia hasta qué punto la tradición republicana que comenzó en 1789

–y que fue traicionada por el Terror– debe muchos de sus símbolos a la Roma antigua y hasta qué punto la actual puesta entre paréntesis de las «raíces» cristianas de nuestras instituciones es deudora de una herencia semejante. Es cierto que se debe citar la secularización, la marginación de las Iglesias, la pérdida de influencia de las instituciones religiosas... pero tampoco hay que olvidar, y aquí se insistirá en ello, el peso de las referencias filosóficas, que, por más que se apoyaban en la Biblia, han neutralizado en la práctica esa herencia. De ahí esta paradoja: aparentemente todo ocurre como si se pudiera prescindir de estos recursos de pensamiento y de sabiduría para comprender la filosofía moderna y los fundamentos de la democracia, mientras que, de hecho, se corre el riesgo de extraviarse, a falta de apertura y de comprensión de un horizonte que sigue estando presente.

¿Sigue presente? Es corriente invocar la marginación de las Iglesias tanto en la sociedad como en las mentes para minimizar la aportación cristiana. Pero esta no se refiere esencialmente al número de creyentes ni al lugar oficial dado o reconocido a las Iglesias en el ámbito público. Aun cuando hay pocas personas informadas de las riquezas intelectuales del cristianismo, este no deja de ser por ello un fondo cultural que ninguna mente avispada puede ignorar. Después de todo, ¿leen las masas a Platón? ¿Siquiera las élites? Y, sin embargo, nadie podría, sin caer en el ridículo, pretender que los libros de *La República* son una referencia insignificante para nuestras tradiciones intelectuales. Lo mismo ocurre con el cristianismo: no se puede invocar su marginación para justificar una ignorancia que se cree «ilustrada», la sociología, y susceptible de mostrar el poco peso actual de los creyentes; pero esto no puede valer como argumento contra la fuerza de una tradición que nos conforma, se quiera o no.

Tanto es así que las páginas que siguen tienen como finalidad reavivar *determinados* temas bíblicos, esenciales para ensanchar nuestra sabiduría política. No pretenden ser exhaustivas, porque solo tienen en cuenta *determinadas* referencias que nos han parecido pertinentes para ilustrar una reflexión política contemporánea,

a pesar de todas las distancias y buscando, evidentemente, evitar concordismos y anacronismos. En efecto, hay en la Biblia tesoros de sabiduría que hay que evitar subestimar. Los creyentes encontrarán en ellos recursos para percibir que su tradición transmite preceptos y consejos útiles y necesarios para una práctica y una teoría políticas actuales; aquellos que mantienen sus distancias respecto a la fe bíblica también podrán beber de ellos, eso esperamos, elementos de sabiduría que no tienen nada de alienantes o heterónomos, sino todo lo contrario: han irrigado una multitud de mentes y les han inspirado comportamientos de justicia y de entendimiento mutuos, incluso aunque algunos textos «engorrosos», que tampoco conviene ignorar, hayan podido servir para luchas fratricidas y para incomprensiones duraderas. Pero si ningún texto ni ninguna tradición están al abrigo de desviaciones y traiciones, esos vicios de lectura no deben alejarnos de beber en esos archivos, que siguen vivos a poco que se los consulte con simpatía y algo de inteligencia. Por lo demás, sería ingenuo pensar que la Biblia, que ofrece la vida de todo un pueblo en su larga historia, habría ignorado violencias, traiciones, luchas fratricidas o explotación de los pobres por los dominadores. Pero la Biblia también abre un horizonte que, atravesando una barbarie humana por «salvar», hace pasar al lector del Edén a la Jerusalén celestial por los crisoles del éxodo, del exilio, de la dispersión y de la muerte. En resumen, por las vicisitudes de la existencia común de la humanidad.

ATENAS Y JERUSALÉN

El pensamiento político occidental se remite muy ampliamente, aunque casi en exclusiva, a la filosofía antigua, sobre todo griega y también romana. Esto se constata tanto en los escritores (Maquiavelo o Hobbes) como en los actores políticos (oradores de la Revolución francesa). ¿Por qué tal insistencia, bastante extraña en realidad? ¿Habría que concluir que la matriz del pensamiento y de la acción política se encuentra casi exclusivamente en la Antigüedad pagana?

Quizá lo más sorprendente es que todavía hoy la referencia a la Antigüedad sirve para recusar el curso más «moderno» de la filosofía política dominante, como si la tradición filosófica, a pesar de sus pacientes y detalladas lecturas de la Antigüedad, no la hubiera comprendido realmente y como si fuera necesario invertir nuevos recursos en lo más lejano de nuestras tradiciones filosóficas para afrontar los problemas específicos del mundo moderno.

Aquí se van a reducir sumariamente a tres las razones de referencias tan numerosas e insistentes. Si se concentra esa «vuelta» en lo esencial, se encuentra en primer lugar una idea de la democracia que se pretende que tengamos interés en volver a visitar; se descubre a continuación la referencia a una naturaleza reguladora que el subjetivismo moderno no habría hecho sino olvidar en exceso; se denuncia, por último, la *hýbris* [ὑβρις], la desmesura moderna, que se opone al sentido de la desmesura antigua, pasión devoradora que explica en gran parte las graves derivas modernas de los poderes, tanto científicos como políticos. Así, uno se proporciona a sí mismo el derecho a ignorar o minimizar la tradición religiosa bíblica, que ha marcado, no obstante, igualmente, y sin duda más todavía, las mentes de Occidente. Es un aspecto en el que es necesario insistir: ¿por qué ese privilegio concedido a los

griegos y esa relativa indiferencia ante las aportaciones bíblicas en materia política?

1. ¿Por qué los griegos?¹

Se pueden retomar rápidamente estas tres referencias tan importantes contenidas en el pensamiento antiguo. En primer lugar, muchos creen encontrar en las tradiciones antiguas los *primeros rasgos de nuestras democracias*, una reflexión organizada y estructurada sobre la ciudad que todavía puede y debe inspirarnos². Esta referencia autoriza incluso a considerar que «la filosofía política moderna, reducida a una especie de esencia única, lo cual no deja de extrañar, ha traicionado esta gran tradición del pensamiento, sustituyendo la referencia popular a la ciudad y al estar juntos, vivos y dueños de su destino, por una filosofía de la subordinación, de la autoridad, de la disimetría entre gobernantes y gobernados, en la cual todavía estamos viviendo. Por eso Hannah Arendt lleva a cabo una enérgica crítica de esta notable tendencia del pensamiento político moderno para favorecer una revalorización de «la acción concertada» (*to act in concert*), respetuosa de una irreductible pluralidad humana, que cree encontrar activa y pertinente en los consejos obreros o en las manifestaciones de la desobediencia civil, pero totalmente característica también de la vida ciudadana griega. A la peligrosa soberanía estatal (Hobbes) o popular (Rousseau) habría que oponer, por tanto, la fuerza siempre

¹ La filosofía no es la única en conocer esta «vuelta» a los griegos. La historiografía francesa ha conocido un movimiento análogo. Cf. F. HARTOG, *La chambre de veille*. París, Flammarion, 2013, que cita a sus maestros y colegas (Vidal-Naquet y Vernant) y sus propios trabajos sobre Heródoto. Se ha llegado a hablar de una «Escuela de París» (p. 24), sin duda equivocadamente.

² Cornelius Castoriadis ha exaltado a lo largo de toda su obra el momento griego del pensamiento político. Habría sido posible apoyarse en sus trabajos para la misma demostración sobre la importancia de la democracia griega. Pero la lectura que hace de ella parece tan idílica que se ha preferido simplemente evocar su postura como una de las que exaltan a Atenas más que a Jerusalén.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	5
1 ATENAS Y JERUSALÉN	11
1. ¿Por qué los griegos?	12
2. Lecturas unilaterales	16
3. Justificaciones sesgadas	19
4. Otra línea de pensamiento y de sabiduría	23
2. EL PODER RECIBIDO (SALOMÓN)	29
1. El sueño de Salomón	32
2. Apropiación personal de un don	40
3. TENTACIONES DEL PODER	45
1. Figuras sombrías del poder político	48
2. Sabiduría de esta enseñanza	52
3. Contraprueba	55
4. «TODA AUTORIDAD VIENE DE DIOS»	65
1. Lecturas habituales	65
2. Otra lectura posible	72
3. Un «juego» que se abre a la libertad	79
4. ¿La ley conforme a las costumbres?	81
5. Un espacio para la desobediencia	87
6. ¿Y el pecado?	93
5. FIN DEL MUNDO: CATÁSTROFE O ESPERANZA	101
1. Confusiones en la historia	104
a) Preguntas sobre el progreso	105
b) Los hechos de civilización	108
c) Recursos de una sabiduría cristiana	114
2. La razón en la historia	119

COLECCIÓN GS

- Sociedad y Reino de Dios*, JOSEP MARIA ROVIRA BELLOSO
Lo impuro, JEAN GUITTON
La propuesta moral de Juan Pablo II, MARCIANO VIDAL
Análisis de la sociedad y fe cristiana, JOSÉ MARÍA MARDONES
Ética civil y religión, ADELA CORTINA
¿Hacia una guerra de religión?, ROGER GARAUDY
¿Tolerancia o apostasía?, CARLOS DÍAZ
Raíces bíblicas de la fe cristiana, RAFAEL AGUIRRE
El arte y la belleza de Dios, RICHARD HARRIES
Religión y mundo moderno, LLUIS DUCH
Elogio de la conciencia, PAUL VALADIER
El hombre imaginario, ANTONIO BLANCH
«Clérigos» en debate, JOSÉ IGNACIO GONZÁLEZ FAUS / CARLOS DOMÍN-
GUEZ MORANO / ANDRÉS TORRES QUEIRUGA
Ser cristiano en una cultura posmoderna, JUAN MARTÍN VELASCO
Religión, JACQUES DERRIDA / GIANNI VATTIMO (eds.)
Religión sin religión, MARIANO CORBÍ
Presencia elusiva, GABRIEL AMENGUAL
El Señor de los ejércitos, XABIER PIKAZA
No olvidemos el Vaticano II, GUSTAVE MARTELET
La experiencia bíblica, ANTONIO BENTUÉ
El seguimiento de Cristo, UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS
Podremos vivir juntos, ALAIN TOURAINÉ
Teología de la liberación en América Latina, JON SOBRINO
Dios en los límites, JOSÉ ALVILARES
La palabra partida, ELMAR SALMANN
La anarquía de los valores, PAUL VALADIER
Feminismo y ética, MARCIANO VIDAL
Religiones públicas en el mundo moderno, JOSÉ CASANOVA
Un cristianismo de futuro, PAUL VALADIER

Moral de interrogaciones, JUAN MASÍA
En el umbral del mañana, JOSÉ MARÍA MARDONES
El hombre, animal no fijado, CARLOS DÍAZ
El hombre y la religión, JUAN MARTÍN VELASCO
El espíritu de la letra, ANTONIO BLANCH
Modernidad y cristianismo, ANTOINE VERGOTE
Sobre la hospitalidad, FRANCESC TORRALBA (2ª ed.)
Don Quijote y san Francisco: dos locos necesarios, JOSÉ ANTONIO
 MERINO (4ª ed.)
 «No olvidéis la hospitalidad» (Heb 13,2). *Una exploración teoló-
 gica*, FRANCESC TORRALBA
La parra y la higuera. Historias y personajes de la Biblia, VARIOS
 AUTORES
El desafío ecológico. Creación bíblica y bomba atómica, XABIER
 PIKAZA
*Moral social samaritana. I. Fundamentos y nociones de ética eco-
 nómica cristiana*, JOSÉ IGNACIO CALLEJA
La interioridad: un paradigma emergente, VARIOS AUTORES
La sanación espiritual. El sentido de la enfermedad, MAXIME GIMENEZ
*Moral social samaritana. II. Fundamentos y nociones de moral
 política cristiana*, JOSÉ IGNACIO CALLEJA
Introducción a la bioética, JOSÉ RAMÓN AMOR PAN (2ª ed.)
¿Hay lugar para Dios hoy?, JOSÉ MARÍA MARDONES (coord.) (2ª ed.)
Diálogo entre religiones. Identidad y apertura, CARMEN APARICIO
*La transformación de la religión. Cambio en lo sagrado y cristia-
 nismo*, JOSÉ MARÍA MARDONES
La religión en tiempos de nihilismo, GABRIEL AMENGUAL
Evangelizar, esa es la cuestión, VARIOS AUTORES
Teología para otro mundo posible, JUAN JOSÉ TAMAYO / LUIZ CARLOS
 SUSIN (coords.)
Mística y humanismo, JUAN MARTÍN VELASCO (2ª ed.)
La Iglesia perpleja, AGENOR BRIGHENTI
La dignidad humana, dignidad de la mujer, ANA SALTO SÁNCHEZ
 DEL CORRAL
¿Puede sufrir Dios?, GIACOMO CANOBBIO

- ¿Jóvenes sin fe?*, JOSÉ LUIS MORAL
- Dios, la muerte y el más allá en el cine contemporáneo*, PEDRO SÁNCHEZ RODRÍGUEZ
- ¿En qué Dios creemos?*, VICENTE VIDE
- Al encuentro de las culturas*, MICHAEL AMALADOSS
- El cristiano ante la inmigración*, JOSÉ ANTONIO MARTÍNEZ DÍEZ
- La teología del siglo XXI*, JUAN PABLO GARCÍA MAESTRO
- La fe ante el desafío de la globalización*, CHRISTOPHE ROUCOU
- La crisis de la transmisión de la fe*, LLUÍS DUCH
- Cristianos y musulmanes, ¿hermanos ante Dios?*, CHRISTIAN VAN NISPEN TOT SEVENAER
- ¿Secularismo o secularidad?*, MANUEL FERNÁNDEZ DEL RIESGO
- Experiencia y gratuidad*, MANUEL REUS CANALS / FRANCISCO JAVIER VITORIA CORMENZANA
- La evolución darwiniana de las religiones «verdaderas»*, RAMON M. NOGUÉS
- Jesucristo, horizonte de esperanza I. Jesús de Nazaret, personaje histórico*, MANUEL GESTEIRA GARZA
- La fe, Dios y Jesucristo. Una propuesta teológica*, MANUEL REUS CANALS (coord.)
- El poder narrativo de la religión*, DOMINGO CÍA LAMANA
- Los olvidos «sociales» del cristianismo*, JOSÉ IGNACIO CALLEJA
- Jóvenes, religión y pastoral*, LUZIO URIARTE
- Breve historia de la teología del siglo XX*, ROSINO GIBELLINI
- «Más que los gorriones»*, JOSÉ EGIDO
- Eclesiología de la praxis pastoral*, JUAN PABLO GARCÍA MAESTRO
- Jesucristo, horizonte de esperanza II. La interpretación de la persona y la obra de Jesús en la historia de la Iglesia*, MANUEL GESTEIRA GARZA
- De ilustrados a Narcisos*, CARLOS DÍAZ
- En el espesor de las cosas. Compromiso o intransigencia*, PAUL VALADIER
- Religión, espiritualidad y ética para tiempos de incertidumbre*, FRANCISCO JOSÉ ALARCOS MARTÍNEZ (coord.)
- Teología de la salud*, FRANCISCO ÁLVAREZ

El futuro de la teología cristiana, DAVID F. FORD
Entre los gentiles. Debates entre cristianos e increyentes, DEMETRIO
VELASCO (coord.)
Regresar a Jesús de Nazaret, RAFAEL LUCIANI
Vaticano II y teología de la liberación, ISABEL CORPAS DE POSADA
(coord.)
El poder de la parábola, JOHN DOMINIC CROSSAN
Celebrar con los Salmos, LUIS ÁNGEL MONTES PERAL
El papado en la Iglesia y el mundo de hoy, DIEGO TOLSADA (coord.)
La conversión del papado y la reforma de la curia vaticana, JESÚS
MARTÍNEZ GORDO
Juan de la Cruz y el evangelio de la gratuidad, JOSÉ VICENTE RODRÍ-
GUEZ
La pastoral de las grandes ciudades, Cardenal LLUÍS MARTÍNEZ SIS-
TACH (ed.)
Del Vaticano II a la Iglesia del papa Francisco, JOAQUÍN PEREA
GONZÁLEZ
Creo en la Iglesia, JUAN MARTÍN VELASCO
La misión evangelizadora de la Iglesia, JUAN CARLOS CARVAJAL
BLANCO (coord.)
La filosofía como sábado, MIGUEL GARCÍA-BARÓ
El papa Francisco y la teología del pueblo, RAFAEL LUCIANI